

RAFAEL ESPINOSA
LA REGATA DE LAS COMISURAS
-ANTOLOGÍA POÉTICA-



kriller71 ediciones

kriller71 ediciones / colección poesía

director de la colección

aníbal cristobo

consejo editorial

carlito azevedo, edgardo dobry, mónica miravet,
ezequiel zaidenwerg

asistencia editorial

paula montalto

fotografía de tapa

natalye barrios

diseño de logo y paracaídas

walter gam

isbn

978-84-940414-7-1

depósito legal

B.991-2014

kriller71 ediciones

<http://kriller71ediciones.com>

info@kriller71ediciones.com

© rafael espinosa, 2014

© de esta edición, aníbal cristobo, 2014

RAFAEL ESPINOSA

**LA REGATA DE LAS COMISURAS
-ANTOLOGÍA POÉTICA-**

Selección de Rafael Espinosa
y Aníbal Cristobo

Prólogo de José Carlos Yrigoyen



kriller71 poesía #07



El presente es un stand de muertos. Un viaje alrededor de Rafael Espinosa

Lo primero es situar al poeta en su elemento: una tradición en crisis. En crisis desde principios de los años ochenta, hace tres décadas ya, debido al gradual y cada vez más profundo agotamiento del discurso conversacional entre nosotros y la imposibilidad de los autores más jóvenes para encontrar alternativas a esa inmovilizante hegemonía. Con muy escasas excepciones, la línea conversacional anglosajona, que se impuso en el Perú a partir de los años sesenta con la irrupción de la obra de Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza y Luis Hernández, ha imperado entre nuestra poesía con escasa resistencia, hasta llegar al punto de que los poetas jóvenes de hoy suelen sentirse cómodos en su condición epigonal y perniciosamente admirativa de sus mayores. Sin embargo, siempre hubo algunos rebeldes que se las ingenieron para construir disidencias en este hipercerrado coto de caza donde el grueso de lectores, la crítica y los medios recelan de lo ya establecido. Pienso en un José Morales Saravia, poeta de los años setenta que revitalizó nuestro incipiente barroco con un libro notable como *Zancudas* (1983), o en un Mirko Lauer, siempre insatisfecho y crítico de la norma, quien en poemarios como *Santa Rosita y el péndulo proliferante* (1972) y *Bajo continuo* (1974) apeló a una descentradora psicodelia o a un ecléctico barroco para explorar realidades y lenguajes alternos cuando los autores de su tiempo se abocaban a trabajar el discurso popular, coloquial y político. También pienso en Rafael Espinosa (1962), autor de una decena de libros

complejos, inconformes con lo seguro y establecido, poseedores de indudables picos expresivos dentro de su desigualdad y que integran una de las propuestas más originales de los últimas décadas en el Perú.

La obra de Espinosa se inaugura con dos libros escritos como para tantear el terreno: *Reclamo a la poesía* (1996) y *Fin* (1997), cuadernos que pretenden homenajear el barroco de Martín Adán llevando al extremo, violentando y parodiando los más reconocibles recursos retóricos del poeta de *Travesía de extramares*. Tomar como punto de partida el barroco para comenzar una tentativa de refundación es un escenario común: lo que no es tan habitual es que quienes lo intentan alcancen un nuevo espacio sólido y personal a partir de esa experiencia. A Espinosa esos primeros libros no le gustan, quizá porque le parecen rudimentos y ensayos iniciáticos hacia una meta todavía imprecisa y que por ese entonces solo se podía entrever. Es con *Geometría* (1999) donde las cosas comienzan a estar más claras a este respecto. Aunque en la primera parte todavía persisten las huellas de su paso por el barroco, en el largo poema final del libro nos encontramos frente al primer hallazgo de Espinosa para la consolidación de una voz sólida y divergente con el canon. El poema está basado en el flujo mental del yo poético durante el camino desde su casa en Miraflores hacia el mar. No es solo la lograda arquitectura del texto ni sus espléndidas imágenes —dos marcas frecuentes en la poesía de Espinosa— lo que destaca aquí, sino que por primera vez se concreta en su poesía el objetivo declarado de que “las intuiciones sean tratadas como cosas y los objetos resueltos en combinaciones libres, y así

ni las imágenes hagan tierra ni los conceptos observen una típica vaguedad mental”, meta que ya se había impuesto Lauer en *Sobre vivir* (1986), libro que tiene más de un punto de contacto con el de Espinosa, al punto de que este se cuestiona y se responde lo siguiente en el comienzo de uno de sus textos: “¿Seré yo Lauer para salir con nuevos productos mentales / y hablar fehacientemente de lo simple del amor?” / *Es cuestión más de manos que de cabeza, timing del ilusionista*”. Esos versos podrían ser el arte poética sumaria de toda su obra. Para llevar a cabo estas asociaciones Espinosa recurre a elementos radicalmente antipoéticos cuya fusión, en la mayoría de casos, produce alegorías que representan cabalmente situaciones y sensaciones sin renunciar a ser claramente visibles y concretas. Es más fácil decirlo que hacerlo, por supuesto: llevar a cabo estas propuestas requiere aceptar el riesgo, la irregularidad, la impresión de haberse aventurado hacia ciertas zonas ocultas de la realidad donde los poemas resultan ser testimonio de esos acercamientos, pero con conclusiones no definitivas. Por ello es que Espinosa entiende su obra de manera distinta a los poetas tradicionales: sus libros no cierran etapas, sino que perfeccionan su constante búsqueda, se inmolan en la consecución del objetivo principal que pone en marcha su aliento creador. Los volúmenes que suceden a *Geometría, Pica-pica* (2001) y *Book de Laetitia Casta* (2003), evidencian a un autor que ya posee el dominio de sus instrumentos formales y una inusual habilidad para desarrollar un lenguaje envolvente donde se alternan audaces símbolos que desequilibran el mundo mostrado y lo interpretan otorgándole nuevos

e inquietantes sentidos desde el apartamiento y una esperanza personal siempre mayor al escepticismo en lo ya nombrado y determinado.

La madurez poética de Rafael Espinosa empieza a hacerse patente en *El Anticiclón del Pacífico Sur* (2007), quizá su libro más experimental y contenido, características que no suelen ir de la mano, pero que aquí llegan a una rara conjunción que le permite depurar sus discurso, elaborando así poemas sólidos y cohesionados en desmedro de aquellos desbordados torrentes de palabras de sus anteriores libros, donde el lector debía estar atento para no perder de vista los pasajes valiosos que de cuando en cuando aparecían en escena. Este acertado planteamiento tendrá una feliz continuación en *Aves de la ciudad y alrededores* (2008) —donde encontramos el mejor poema de su obra entera, el extenso *Seguida ave*— y en *Amados transformadores de corriente* (2010). En este poemario Espinosa consolida con éxito la recreación del flujo de conciencia de un paseante por las calles de un distrito residencial, interpretado mediante el eslabonamiento de percepciones sensoriales, de insólitas asociaciones de ideas y de referentes literarios, musicales, tecnológicos, así como de la cultura de masas.

En los dos últimos libros que ha entregado a la imprenta (*Los hombres rana*, 2012; *Hoyo 13: novela barrial*, 2013), Espinosa ha seguido un rumbo más definido, quizá haciendo libros menos complejos pero no por eso menos ambiciosos. En *Los hombres rana*, por ejemplo, la cuestión social y política está presente sin que se le permita ser el eje central del poemario; la coloquialidad, la aparente superficialidad de los versos, el kitsch radical y las

visiones surrealistas, trastornadas, compulsivas, los velan y permiten que se desenvuelvan detrás del biombo de un lenguaje que oculta para a la vez revelar lo que los discursos dominantes escamotean o deforman. Esta elección es la que marca la naturaleza de un camino que él mismo ha señalado, desbrozado y continuado. A su tiempo, con una esperanza que es también una aceptación de la realidad que transforma. Pues como dice él mismo en un poema, *si hay prisa o negación, son de otros hombres.*

José Carlos Yrigoyen
Miraflores, enero del 2014



de ***EL ANTICLÓN DEL PACÍFICO SUR*** (2007)



Cómo sueñas, cómo piensas.

Una redistribución de las piezas,
unos bordes sobreexposados
a la caricia insensible del guante.

El lado más débil siempre
es el más importante, de ahí
surge la canoa del maya
expandiendo con la estela
un afluente mudo. Y recién te
enteras: Paula llamó de larga
distancia, en una breve
escala. Dijo que su amor no viaja.

Un acontecimiento decisivo
que barrió vacas y flores, y viste
solo formas de labio comentándolo.

Como un juego de billas
en que las bandas y los roces
deben asegurar que nada,
menos uno, quede afuera.

Como el juego de pelota
maya y sus estrategias
y su arte práctico referidos
a paredes siempre ruinas.

Una estrella simbólica.

Y no está en juego nada, sabes?

En el sendero de las captaciones
encontré música de cables y regaderas
y en el del beneplácito, reflujo.
Nadie usa más camisas de flores
pese a que el viento viene de complacerse
en el mundo vegetal. Si él toma
todo atajo por bueno, refrescando
a buenos y malos, las aspas de molino
del cabello ¿indican además que la nave
del amor en otro lago acuatizara?
Respirando los chips del viento es veloz
darse cuenta y notar también que la esperanza
es una técnica náutica mientras
se arrojan flores de recibimiento
al que llega porque nunca estuvo.
Con taconeos lejanos se comprende
y con silencio ascendiendo crecen los ramos.
Así entonces son las rosas. En la luz,
sueños concéntricos y en la sombra
una política de olores. Lo que es decir,
cuando el viento vira, que tenemos
siquiera dos maneras de querernos
y que lo que será ya fue, y lo que fue
es voz dorada después y mucho antes.

Me lo dijo en un parque de diversiones un argentino en portugués. El desierto es una playa de estacionamiento. Desde entonces ha pasado un tiempo, el suficiente para que hayan muerto varias veces

los rosales. Ahora estoy muerto, creo y veo llegar al desierto auto tras auto, incluso el mío.

 Mi entretenimiento y mi tristeza es contarlos, confundido por perder a menudo la equivalencia entre el número de carrocerías y las tablas de surf, enfundadas como joyas, que portan sobre el techo.

No se trata de una manía ni de reflexiones sobre el valor profiláctico del deporte.

¡Hay tanta felicidad en que sea otra fuerza la que nos mueve, mientras notamos la diferencia entre la ola azul, una nueva ola azul! Dos movimientos —el del agua, el de uno dada el agua— que nos conducen a una soledad extrañamente percibida como un encuentro. Y se ve que no la puede ocupar un cuerpo sino la fracción del siguiente instante.

 En esas cosas pienso, al tiempo que bajan de los autos y se demoran en hurgar la maletera, atendiendo las sincronizaciones de antiguos hábitos de compra en que los resplandores de la cabellera y los fragmentos de la espalda destierran al infinito la clarividencia

del rostro. Si lo tienen,
no lo sé. Yo tampoco conozco el mío o lo contemplo
variando
en las transiciones atmosféricas donde el desierto pasa
de bosque
a playa, según se usen las tablas hawaianas
y el propio desierto, ante la ventura de acompañar la
rapidez del líquido, parezca
un escenario sobrecargado de elementos. A través de
los parabrisas
puedo escuchar sus voces recordando una vida mejor
en Praga o los pueblos que inunda el Danubio,
arrastrados por sus nombres: Lenka, la que fue
gimnasta, Pável, casado con una Muhvic-Pintar, Arnost.
Y me gustaría decirles, con el timbre del heno,
Lenka, Pável, Arnost, el desierto los ama.

Te lo cuento pero no para que sepas.
El viaje por la costa es a la inversa
y comprende un tema central nostálgico
y arbóreo pero virtualmente irreal
por contraste con los hechos excluidos,
que quedan subiendo y bajando a lo largo
de una escalera de escape a la hora
que no ocurre nada y en la del desastre.
Tiene la misma pequeñez de una carta
llegada del Brasil junto a lo que es el Brasil:
riberas, especies de la mata atlántica, divorcios
dentro de departamentos, y muertos.

Los gases que emanamos cuando muertos
trazan los tipos de vida que nos deslumbran.
Para que no comprendas, te lo cuento.
El acueducto que viene de los clásicos
transporta serenamente la noticia
entre ejemplos de desdén hacia la muerte,
suicidio y palabras finales perfectas
aunque remotas. Instauro un medio sublime,
tanto que nuestros pensamientos cálidos
copian mensajes de texto recientes
para huir de él. Pero ya hicieron la ruta
a la inversa. El tema queda disuelto:
vimos cómo el horizonte derrotaba
a los pájaros. Y solo el futuro es nuestro
porque es donde otros piensan en nosotros.

Tú has recibido una carta, para que sepas.